

# EL JAGUAR MEXICA DE LA CALLE EMILIANO ZAPATA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN, GABRIELA SÁNCHEZ REYES

a Carlos Navarrete Cáceres

**Algunas edificaciones barrocas del Centro Histórico tienen empotradas en sus fachadas esculturas prehispánicas que fueron descubiertas de manera fortuita en el siglo XVIII. Su ostensible presencia en la arquitectura novohispana de ese siglo, nos revela el creciente aprecio que los habitantes de la ciudad de México tenían por las expresiones artísticas de la antigua Tenochtitlan.**

## Las esculturas prehispánicas como elementos de ornato

La prolongación hacia el oriente de la célebre calle de Moneda, en el Centro Histórico de la ciudad de México, recibe actualmente el nombre de Emiliano Zapata. Si caminamos siete cuerdas desde el Zócalo, siguiendo dicha prolongación, encontraremos la casa con los números 74-76 justo en el cruce con la calle San Marcos. Es ésta una construcción de cierta relevancia que, pese haber sido modificada en su interior para alojar comercios de ropa, aún conserva muros y vanos de la estructura original que se remonta a tiempos del virreinato. Lo más interesante, empero, no es su arquitectura, sino la presencia de una espectacular talla mexicana justo sobre la arista donde confluyen los paños de sus dos fachadas.

La escultura en cuestión, que como veremos más adelante, representa la cabeza de un jaguar, le da un carácter propio a este inmueble y nos evoca una serie de edificaciones barrocas del Centro Histórico que están o estuvieron engalanadas con tallas prehispánicas: la residencia de los condes de Santiago Calimaya, en Pino Suárez y Salvador, con su abultada cabeza de serpiente emplumada; la Casa de la Primera Imprenta, en Moneda y Licenciado Primo Verdad, con otra bella cabeza de ofidio; la mansión del marqués de Prado Alegre, en Madero y Motolinía, con un bajorrelieve que figura el glifo *chalchibuitl*, y la casa de Luis de Castilla, en Argentina y Justo Sierra, con una biznaga de exquisito naturalismo (véase *Arqueología Mexicana*, núms. 76, 109 y 114).

Todos estos casos ilustran una costumbre muy difundida en el siglo XVIII, consistente en reutilizar esculturas recién exhumadas de las ruinas de Tenochtitlan y de Tlatelolco como elementos decorativos no



FOTO: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN / PROYECTO TEMPLO MAYOR (PMT)

sólo de las viviendas señoriales, sino también de las casas más humildes de la capital de la Nueva España (véase López Luján y Gaida, en prensa). Recordemos que, contrario a lo que había sucedido en los dos siglos previos del periodo colonial, las antigüedades mexicas ya no eran destruidas o vueltas a inhumar cuando afloraban a la superficie de manera inesperada, pues en aquel entonces se comenzaba a ver en ellas un rico contenido histórico y ciertos méritos estéticos. Tal aprecio hizo que muchas tallas prehispánicas

El jaguar de la calle Emiliano Zapata.

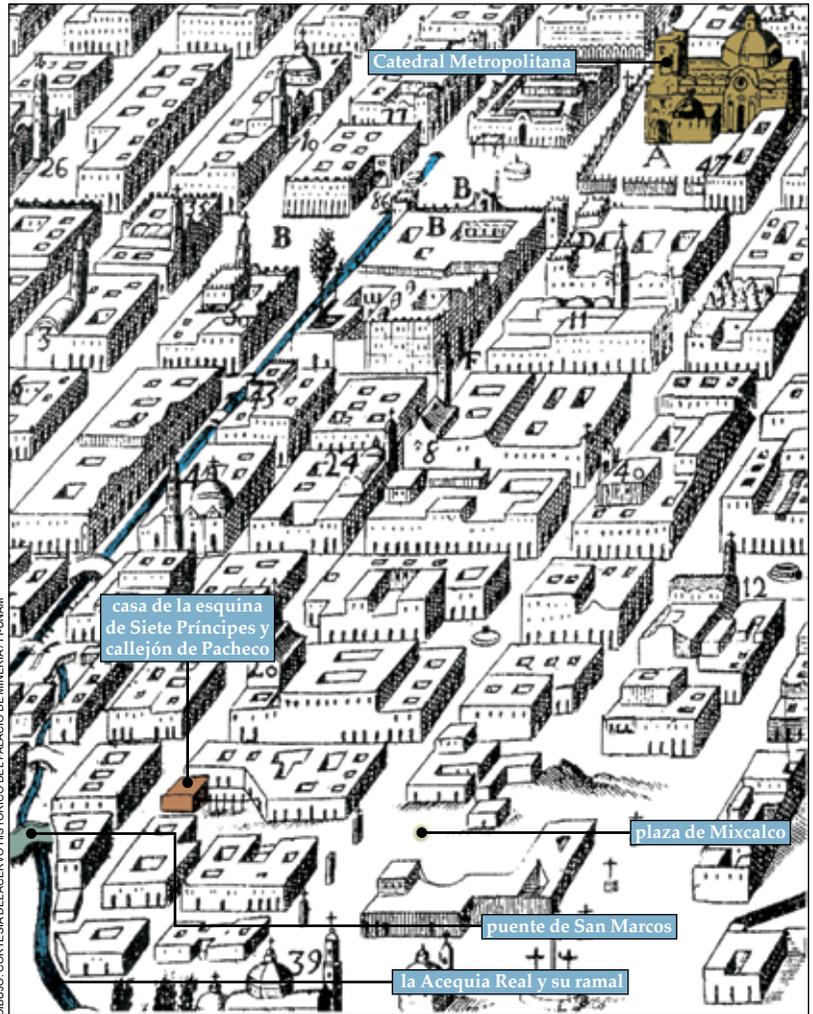
se empotraran en esquinas y fachadas de flamantes edificaciones; otras se colocaran a la mirada de los transeúntes en zaguanes y patios; otras más nutrieran las cada vez más comunes colecciones privadas de la ciudad, e inclusive algunas fueron a parar a la Academia de San Carlos donde se exhibieron junto a reproducciones en yeso de esculturas clásicas grecolatinas.

### La casa de la esquina de Zapata y San Marcos

Por un expediente que se encuentra en el Archivo Geográfico Jorge Enciso de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH-INAH), sabemos que la casa 74-76 de la calle Zapata fue declarada “Monumento Histórico” el 29 de noviembre de 1934, tal y como también puede constatarse en el decreto publicado ese día en el *Diario Oficial de la Federación*. Desde entonces, junto con incontables inmuebles, integra el Perímetro A de la Zona de Monumentos del centro de nuestra ciudad, todos ellos protegidos por el INAH.

Acerca de esta casa y su entorno inmediato en el siglo XVIII, existe información adicional —si bien exigua— en el Archivo Histórico del Distrito Federal. En algunos documentos allí atesorados se consigna, por ejemplo, que la calle Zapata se llamaba Siete Príncipes en ese tiempo, que el inmueble con la escultura de jaguar tenía el número 11 y que la calle de San Marcos era conocida como Callejón de Pacheco (Calles, nomenclatura definitiva, v. 472, exp. 346; Calles, nomenclatura, v. 476, exp. 536). También se dice que en las cercanías había dos puentes de madera, el de San Marcos y el de los Siete Príncipes, los cuales permitían atravesar un ramal de la Acequia Real. A este respecto, se informa en 1797 que el recientemente y mal construido puente de los Siete Príncipes era tan bajo que los tripulantes de las canoas padecían “el inmenso trabajo de rebajarlas para que pasen, y luego volverlas a cargar para continuar su carrera...” (Puentes, v. 3717, exp. 71). Años después, esta condición empeoró, ya que en 1800 y 1802 se reporta con insistencia el estado ruinoso del mismo puente (Puentes, v. 3717, exp. 76 y 81).

Por su parte, el padrón de frentes levantado después de 1790 especifica que don Marcos Arteaga era el propietario de la casa 11 de Siete Príncipes (Sánchez de Tagle *et al.*, 1997). Originalmente, ésta tenía fachadas menos elevadas y su esquina estaba coronada por un vistoso frontón mixtilíneo, lo que se aprecia en una vieja fotografía conservada en la Fototeca Constantino Reyes-Valerio de la CNMH-INAH (0014-074 094). Ahí nos percatamos que el frontón enmarcaba una cruz de piedra que hoy ya no existe, la cual estaba apoyada sobre una peana, a su vez sostenida por la cabeza de jaguar.



### La escultura mexicana en forma de jaguar

Los mexicas, como ningún otro pueblo del continente americano, trasladaron a la estatuaria su bestiario completo, habitado por toda suerte de mamíferos, aves, reptiles, batracios, peces, moluscos, arácnidos e insectos, y por sus combinaciones fantásticas en las que el hombre entra en juego con frecuencia. Las efigies pétreas de animales se distinguen por un acucioso sentido de lo esencial, por un naturalismo sometido a un magistral proceso de simplificación. Impresiona la exactitud con la que fueron plasmados ciertos detalles corporales —hocicos, cochetes, plumas, escamas, glándulas y aletas—, lo que nos permite identificar el género, e inclusive la especie, que fue tomada como modelo. Lo anterior no es sino resultado de una escrupulosa observación, quizá facilitada por la colindancia del llamado zoológico de Moctezuma con las casas donde laboraban los artistas que vivían en el palacio real.

Localización de la casa del jaguar en la *Planta y descripción de la ymperial ciudad de Mexico en la America*, dibujada por Carlos López de Troncoso en 1760.



a) La casa de la esquina de Zapata y san Marcos en la década de 1940. Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, 0133-091 092. b) La casa de la esquina de Zapata y San Marcos en la actualidad.

FOTOS: A) CORTESÍA DE LA FOTOTECA CONSTANTINO REYES-VALERIO, CNMH-INAH. B) L. LOPEZ LUJÁN / PMT

Obviamente, la escultura de la calle Zapata es un ejemplo más de la refinada plástica de Tenochtitlan. Se trata de una cabeza animal, de superficies suaves y sinuosas, que fue tallada en un basalto grisáceo. Mide 33 cm de alto, 30 cm de ancho y 36 cm de espesor sin contar la porción empotrada en el muro. Figura a un felino cuya anatomía se apega a una estricta simetría bilateral. Sus orejas son pequeñas, carnosas y parecen alertas. Su abultada frente enmarca las profundas cavidades elípticas de los ojos, las cuales quizás alojaron originalmente aplicaciones para simular el iris y la esclerótica. La nariz es ancha y remata en un par de fosas diminutas. La boca, al encontrarse semiabierta, nos deja ver al frente cuatro imponentes colmillos que enmarcan igual número de incisivos, además de cuatro triadas laterales de afilados carnasiales. Del rostro brotan en abanico seis conjuntos de cinco vibrisas, los pelos alargados que le sirven al animal como aparatos sensoriales: dos se encuentran abajo de la nariz a manera de bigotes; un par más, en los costados de la barbilla, y los dos últimos, en los extremos de las comisuras de los bellos.

No es claro si la escultura siempre careció de policromía o si la perdió como consecuencia de una prolongada exposición a la intemperie. Esta hipotética decoración ciertamente nos hubiera ayudado a definir con toda confianza la especie del felino, como es el caso del famoso *ocelocuanhxicalli* del Museo Nacional de Antropología, cuya piel se pintó de color ocre con manchas negras. No obstante, las particulares proporciones y marcada redondez de la cabeza, así como la fisonomía de las orejas, nos hacen vislumbrar que no se trataría de un puma (*Felis concolor*) y mucho menos de un ocelote (*Felis pardalis*), un tigrillo (*Felis wiedii*), un leoncillo (*Felis yaguaroundi*) o un gato montés (*Lynx rufus*), sino de un jaguar (*Panthera onca*). De manera interesante, los informantes de fray Bernardino de Sahagún (*Historia general*, lib. XI, cap. I, § i) describen la testa de los jaguares con rasgos semejantes a los de nuestra escultura: “Tiene la cabeza grande; las orejas son pequeñas; el hocico, grueso y carnoso y corto, y de color prieto; y la nariz

tiene grasienta; y tiene la cara ancha y los ojos relucientes como brasa; los colmillos son grandes y gruesos: los dientes, menudos, chicos y agudos; las muelas anchas de arriba; y la boca, muy ancha”.

Como es bien sabido, el jaguar tuvo un profundo significado político y religioso en el mundo mesoamericano. Debido a sus hábitos nocturnos y acuáticos, los mexicas lo vincularon simbólicamente con la noche, el inframundo, la tierra y la fertilidad. También lo asociaron a la guerra y el sacrificio dada su gran ferocidad, y con la magia y la hechicería por su actitud furtiva y su aguda visión en la oscuridad. Por esta última razón, el jaguar fue considerado el mejor aliado de los chamanes y, por extensión, patrono y emblema por excelencia de los gobernantes.

En la cosmovisión mexicana, el jaguar está conectado con la mitad inferior del universo, lo femenino, la humedad, el frío y la oscuridad. El dios Tezcatlipoca, en su apariencia de jaguar, se confunde con Tepeyótlotl, “corazón del monte”, manifestación divina de las fuerzas telúricas y lunares. Precisamente bajo ese aspecto animal, Tezcatlipoca puso fin a la



FOTOS: L. LÓPEZ LUJÁN / PMT

Vista frontal y vista lateral derecha de la cabeza de jaguar.



FOTO: CORTESÍA DE LA FOTOTECA CONSTANTINO REYES-VALERIO, CNMH-INAH

El frontón mixtilíneo de la casa cuando aún conservaba la cruz de piedra. Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH-INAH, 0014-074 094.

era cosmogónica llamada Tlalchitonatiuh, “Sol de Tierra”, devorando a la humanidad. Señalemos finalmente que, en el calendario adivinatorio, la treceña que comenzaba el día 1 jaguar era tenida como de mala fortuna: los hombres que nacían en este signo supuestamente se convertirían en esclavos, mientras que las mujeres serían adúlteras.

### El dibujo de Guillermo Dupaix

En la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, se conserva un dibujo al carbón y con breves anotaciones a tinta que, de manera sorprendente, representa la mismísima cabeza de jaguar que hemos descrito. Este dibujo hasta ahora inédito es obra indiscutible de Guillermo Dupaix (1750-1818), el capitán de dragones flamenco que se hizo célebre tras dirigir la Real Expedición Anticuaria en Nueva España entre 1805 y 1809 (véase Fauvet-Berthelot *et al.* 2012). Sin embargo, la afición de Dupaix por el mundo mesoamericano se remonta a su llegada a la ciudad de México en 1791, cuando se convirtió en un asiduo visitante de los gabinetes de curiosidades locales y comenzó sus “correrías particulares” por la capital y los actuales estados de México, Hidalgo, Puebla, Morelos, Veracruz y Oaxaca. En esas expediciones recolectó objetos para su propio gabinete, registró los monumentos arqueológicos más insígnies e, inclusive realizó excavaciones (López Luján, 2011, 2012; López Luján y Noguez, 2011; López Luján y Gaida, en prensa).

El dibujo que nos interesa fue elaborado en algún momento entre 1791 y 1804. Mide 21 por 31 cm y tiene como título *México*, aludiendo sin duda a la localización de las dos esculturas ahí delineadas torpemen-

te. A la izquierda se observa una curiosa imagen antropomorfa luciendo un collar de cuatro sartales de cuentas y, aparentemente, un tocado o yelmo que muestra el paladar de un reptil. La glosa de Dupaix nos ofrece detalles básicos sobre su emplazamiento y sus dimensiones: “Busto mujeril de la plaza de Mizcalco de piedra blanquizca vara de altura [83.59 cm] de estilo Egipciaco”. Aclaremos a este respecto que, de manera significativa, la Plaza de Mixcalco se encuentra a una cuadra al norte de la actual intersección de Zapata y San Marcos, como se corrobora en la planta dibujada por Carlos López de Troncoso en 1760.

A la derecha del “busto mujeril”, Dupaix trazó la rara perspectiva de una cabeza de jaguar, pero con el detalle suficiente para hacernos concluir que se trata de la escultura de la calle Zapata. La glosa que acompaña el dibujo no deja lugar a dudas: “Cabeza de Tigre ó de otro animal embutida en una esquina por la azequia de piedra colorada de un tamaño, regular”.

Todo lo anterior nos indica que el jaguar mexicana de la calle Zapata se encuentra en ese lugar al menos desde finales del siglo XVIII. Hagamos votos para que la gente siga valorando la presencia en dicha calle de una joya más de nuestro patrimonio arqueológico y para que la conserve por muchas generaciones más. 🌿

Agradecimientos: Jorge García, Omar Mendoza, Sonia Arlette Pérez, Roberto Ruiz y Carmen Valverde.

- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre. Profesor-investigador del Museo del Templo Mayor, INAH.
- Gabriela Sánchez Reyes. Maestra en historia del arte colonial por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora-investigadora de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH.



Guillermo Dupaix, “México”. Esculturas de la “plaza de Mizcalco” y de “una esquina por la azequia”.



#### PARA LEER MÁS...

- FAUVET-BERTHELOT, Marie-France, Leonardo López Luján y Susana Guimaraes, “The Real Expedición Anticuaria Collection”, *Fanning the Sacred Flame: Mesoamerican Studies in Honor of H.B. Nicholson*, M.A. Boxy y B.D. Dillon (coords.), University Press of Colorado, Boulder, 2012, pp. 467-491.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, *Arqueología Mexicana*, núm. 109, 2011, pp. 71-81.
- \_\_\_\_\_, “La Piedra de la Librería Porrúa y los orígenes de la arqueología mexicana”, *Arqueología Mexicana*, núm. 76, 2005, pp. 18-19.
- \_\_\_\_\_, “The First Steps on a Long Journey: Archaeological Illustration in Eighteenth-Century New Spain”, *Past Presented: Archaeological Illustration and the Ancient Americas*, J. Pillsbury (coord.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., 2012, pp. 69-105.
- \_\_\_\_\_, y María Gaida, “Dos esculturas prehispánicas del Centro de México pertenecientes a la antigua colección Uhde”, *Méxicon*, en prensa.
- \_\_\_\_\_, y Marie-France Fauvet-Berthelot, “Édouard Pingret, un coleccionista europeo de mediados del siglo XIX”, *Arqueología Mexicana*, núm. 114, 2012, pp. 69-75.
- \_\_\_\_\_, y Xavier Noguez, “The Codex Teotenantzin and pre-Hispanic images of the Sierra de Guadalupe, Mexico”, *Res: anthropology and aesthetics*, núm. 59/60, 2011, pp. 93-108.
- SÁNCHEZ DE TAGLE, Esteban, Ana Rita Valero de García Lascuráin, y Sergio B. Martínez, *Padrón de frentes e historia del primer impuesto predial*, UNAM, México, 1997.